

enfermo que era, ni de hecho soy ya el enfermo; sino tan sano, que parezco la misma salud que es JESÚS. ¡Oh bienaventurada salud! ¡Oh JESUS, dulce y dignísimo de todo deseo, si ya me viese yo, Señor, vencido enteramente de ti! ¡Si ya cudieses, oh salud, por mi alma y mi cuerpo! ¡Si me apurases ya de mi escoria, de toda aquesta vejez! ¡Si no viviese, ni pareciese, ni luciese en mí, sino tú! ¡Oh si ya no fuese quien soy! Que, Señor, no veo cosa en mí que no sea digna de aborrecimiento y desprecio. Casi todo cuanto nace de mí son increíbles miserias, casi todo es dolor, imperfección, malatía y poca salud. Y como en el libro de Job se escribe (Job., c. vii, v. 3 y sig.): Cada día siento en mí nuevas lástimas, y esperando ver el fin de ellas, he contado muchos meses vacíos, y muchas noches dolorosas han pasado por mí. Cuando viene el sueño me digo ¿si amanecerá mi mañana? Y cuando me levanto y veo que no me amanece, alargo á la tarde el deseo. Y vienen las tinieblas, y vienen también mis ayes, y mis flaquezas, y mis dolores más acrecentados con ellas. Vestida está, y cubierta mi carne de mi corrupción miserable; y de las torpezas del polvo que me compone, están ya secos y arrugados mis cueros. Veo, Señor, que se pasan mis días, y que me han volado muy más que vuela la lanzadera en la tela: acabados casi los veo, y aún no veo, Señor, mi salud. Y si se acaban, acábase mi esperanza con ellos. Miémbtrate, Señor, que es ligero viento mi vida, y que si paso sin alcanzar este bien, no volverán jamás mis ojos á verle. Si muero sin Ti, no me verán para siempre en descanso los buenos. Y tus mismos ojos, si los enderezares á mí, no verán cosa que merezca ser vista. Yo, Señor, me desecho, me despojo de mí, me huyo y desamo, para que no habiendo en mí cosa mia, seas Tú solo en mí todas las cosas: mi sér, mi vivir, mi salud, mi JESÚS. Y dicho esto, calló Marcelo, todo encendido en el rostro; y suspirando muy sentidamente, torno luégo á decir:

No es posible que hable el enfermo de la salud, y que no haga significación de lo mucho que le duele el verse sin ella. Así que me perdonaréis, Juliano y Sabino, si el dolor que vive de continuo en mí, de conocer mi miseria, me salió á la boca agora, y se derramó por la lengua. Y tornó á callar, y dijo luégo: Cristo, pues, se llama JESUS, porque Él mismo es

salud. Y no por esto solamente, sino también porque toda la salud es sólo Él. Porque siempre que el nombre, que parece común, se da á uno por su nombre propio natural, se ha de entender que aquel á quien se da tiene en sí toda la fuerza del nombre; como si llamásemos á uno por su nombre virtud, no queremos decir que tiene virtud como quiera, sino que se resume en él la virtud. Y por la misma manera ser salud, el propio nombre de Cristo, es decir que es por excelencia salud, ó que todo lo que es salud y vale para salud, está en él. Y como haya en la salud, según los sujetos, diferentes saludes, que una es salud del ánima y otra es la del cuerpo; y en el cuerpo tiene por sí salud la cabeza, y el estómago, y el corazón, y las demás partes del hombre; ser Cristo por excelencia salud, y nuestra salud, es decir, que es toda la salud, y que Él todo es salud, y salud para todas enfermedades y tiempos. Es toda la salud. Porque como la razón de la salud, según dicen los médicos, tiene dos partes, una que la conserva, y otra que la restituye, una que provee lo que la puede tener en pié, otra que receta lo que la levanta si cae; y como así la una como la otra tienen dos intenciones solas á que enderezan, como á blanco, sus leyes, aplicar lo bueno y apartar lo dañoso; y como en las cosas que se comen para salud, unas son para que crien sustancia en el cuerpo, y otras para que le purguen de sus malos humores, unas que son mantenimiento, otras que son medicina; así esta soledad, que llamamos JESUS, porque es cabal y perfecta salud, puso en sí aquestas dos partes juntas, lo que conserva la salud y lo que la restituye cuando se pierde; lo que la tiene en pié y lo que la levanta caída; lo que cria buena sustancia y lo que purga nuestra ponzoña.

Y como es pan de vida, como Él mismo se llama, se quiso amasar con todo lo que conviene para estos dos fines: con lo santo que hace vida, y con lo trabajoso y amargo, que purga lo vicioso. Y templóse, y mezclóse, como si dijésemos, por una parte de la pobreza, de la humildad, del trabajarse, del ser trabajado, de las afrentas, de los azotes, de las espinas, de la cruz, de la muerte, que cada cosa para el suyo, y todas son tóxico para todos los vicios; y por otra parte de la gracia de Dios, y de la sabiduría del cielo, y de la justicia santa, y

de la rectitud, y de todos los demás dones del Espíritu Santo, y de su unción abundante sobre toda manera; para que amasado y mezclado así, y compuesto de todos aquestos simples resultase de todos un JESÚS de veras, y una salud perfectísima, que allegase lo bueno, y apartase lo malo, que alimentase, y purgase. Un pan verdaderament de vida, que comido por nosotros con obediencia, y con viva fe, y pasado á las venas, con lo amargo desarraigase los vicios, y con lo santo arraigase la vida. De arte que comidas en él sus espinas, purgasen nuestra altivez: y sus azotes tragados en Él por nosotros, nos limpiasen de lo que es muelle y regalo: y su cruz en Él comida de mí, me apartase del amor de mí mismo: y su muerte por la misma manera diese fin á mis vicios. Y al revés comiendo en Él su justicia, se criase justicia en mi alma: y traspasando á mi estómago su santidad y su gracia, se hiciese en mí gracia y santidad verdadera: y naciese en mí sustancia del cielo, que me hiciese hijo de Dios, comiendo en Él á Dios hecho hombre, que, estando en nosotros, nos hiciese á la manera que es Él, muertos al pecado y vivos á la justicia, y nos fuese verdadero JESÚS.

Así que es JESÚS, porque es toda la salud. Es también JESÚS porque es salud todo Él. Son salud sus palabras, digo, son JESÚS sus palabras, son JESÚS sus obras, su vida es JESÚS, y su muerte es JESÚS. Lo que hizo, lo que pensó, lo que padeció, lo que anduvo, vivo, muerto, resucitado, subido, y asentado en el cielo, siempre y en todo es JESÚS. Que con la vida nos sana, y con la muerte nos da salud: con sus dolores quita los nuestros, y como Isaías dice (Isai. cap. LIII, v. 5.) *somos hechos sanos con sus cardenales*: sus llagas son medicina del alma: con su sangre vertida, se repara la flaqueza de nuestra virtud. Y no sólo es JESÚS y salud con su doctrina, enseñándonos el camino sano, y declarándonos el malo y peligroso; sino también con el ejemplo de su vida, y de sus obras hace lo mismo: y no sólo con el ejemplo de ellas nos mueve al bien, y nos incita, y nos guía: sino con la virtud saludable que sale de ellas, que la comunica á nosotros, nos aviva y nos despierta, y nos purga y nos sana. Llámese pues JESÚS, quien todo Él, por donde quiera que se mire, es JESÚS. Que como del arbol, de quien San Juan en el Apocalipsis escribe (Apoc. c. últ. v. 2.), se dice,

que estaba plantado por ambas partes de la ribera del rio de agua viva, que salía de la silla de Dios, y de su Cordero, y que sus hojas eran para salud de las gentes: así esta santa humanidad, arraigada á la corriente del rio de las aguas vivas, que son toda la gracia del Espíritu Santo, y regada y cultivada con ellas, y que rodea sus riberas por ambas partes, porque las abraza y contiene en sí todas, no tiene hoja que no sea JESÚS, que no sea vida, que no sea remedio de males, que no sea medicina y salud.

Y llevaba también este arbol, como San Juan allí dice, doce frutas, en cada mes del año la suya; porque como decíamos, es JESÚS y salud, no para una enfermedad sola, ó para una parte de nosotras enferma, ó para una sazón ó tiempo tan solamente; sino para todo accidente malo, para toda llaga mortal, para toda apostema dolorosa, para todo vicio, y para todo sujeto vicioso, agora y en todo tiempo es JESÚS. Que no solamente nos sana el alma perdida, mas también da salud al cuerpo enfermo y dañado. Y no los sana solamente de un vicio, sino de cualquiera vicio, que haya habido en ellos, ó que haya, los sana. Que á nuestra soberbia es JESÚS, con su caña por cetro; y con su púrpura por escarnio vestida para nuestra ambición es JESÚS. Su cabeza coronada con fiera y desapiadada corona es JESÚS, en nuestra mala inclinación al deleite: y sus azotes, y todo su cuerpo adolorido, en lo que nosotros es carnal y torpe, es JESÚS. Eslo para nuestra codicia su desnudez, para nuestro coraje su sufrimiento admirable, para nuestro amor propio el desprecio que siempre hizo de sí. Y así la Iglesia enseñada del Espíritu Santo, y movida por Él, en el día en que cada año representa la hora, cuando aquesta salud se sazónó para nosotros en el lugar de la cruz, como presentándola delante de Dios, y mostrándosela enclavada en el leño, y conociendo lo mucho que esta ofrenda vale, y lo mucho que puede delante de Él; qué bien, ó qué merced no le pide? Pídele, como por derecho, salud para el alma y para el cuerpo. Pídele los bienes temporales, y los bienes eternos. Pídele para los papas, los obispos, los sacerdotes, los clérigos, para los reyes y principes, para cada uno de los fieles, según sus estados. Para los pecadores penitencia, para los justos perseverancia, para los pobres amparo, para los presos libertad,

para los enfermos salud, para los peregrinos viaje feliz, y vuelta con prosperidad á sus casas.

Y porque todo es ménos de lo que puede y merece aquesta salud, aun para los herejes, aun para los paganos, aun para los judíos ciegos que la desecharon, pone la Iglesia delante de los ojos de Dios á JESÚS muerto y hecho vida en la cruz, para que les sea JESUS. Por lo cual la Esposa en los Cantares le llama *racimo de Copher*, diciendo de esta manera (Cantic, cap. I, v. 13.): *Racimo de Copher mi amado á mí en las viñas de Engadi*. Y ordenó, á lo que sospecho, la providencia de Dios, que no supiésemos de Copher qué árbol era, ó qué planta, para que dejándonos de la cosa, acudiésemos al origen de la palabra; y así conociésemos, que Copher, según aquello de donde nace, significa aplacamiento, y perdón, y satisfacción de pecados. Y por consiguiente entendiésemos con cuánta razón le llama *racimo de Copher* á Cristo la Esposa, diciéndonos en elló por encubierta manera, que no es una salud Cristo sola, ni un remedio de males particular, ni una limpieza, ó un perdón de pecados de un solo linaje; sino que es un racimo, que se compone como de granos, de innumerables perdones, de innumerables remedios de males, de saludes sin número, y que es un JESUS, en quien cada una cosa de las que tiene es JESÚS. Oh salud! oh JESUS! oh medicina infinita! Pues es JESÚS el nombre propio de Cristo, porque sana Cristo, y porque sana consigo mismo, y porque es toda la salud, y porque sana todas las enfermedades del hombre, y en todos los tiempos, y con todo lo que en sí tiene; porque todo es medicinal y saludable, y porque todo cuanto hace, es salud.

Y por llegar á su punto toda aquesta razón, decidme, Sabino, vos no entendéis, que todas las criaturas tienen su principio de nada? —Entiendo, dijo Sabino, que las crió Dios con la fuerza de su infinito poder, sin tener sujeto, ni materia de que hacerlas. —Luego, dice Marcelo, ninguna de ellas tiene de su cosecha y en sí alguna cosa que sea firme y maciza, quiero decir, que tenga de sí, y no recibido de otro, el ser que tiene. —Ninguna, respondió Sabino, sin duda. —Pues decidme, replicó luego Marcelo, ¿puede durar en un ser el edificio, que ó no tiene cimientos, ó tiene flacos cimientos?—No es posible, dijo Sabino, que dure.—Y no tiene cimiento de ser ma-

cizo y suyo ninguna de las cosas criadas, añadió luego Marcelo: luégo todas ellas, cuanto de sí es, amenazan caída; y por decir lo que es, caminan cuanto es de suyo al menoscabo y al empeoramiento; y como tuvieron principio de nada, vuélvense, cuanto es de su parte, á su principio, y descubren la mala lista de su linaje, unas deshaciéndose del todo, y otras empeorándose siempre. Qué se dice en el libro de Job? De los ángeles dice (Job cap. iv, v. 18.) *Los que le sirven, no tuvieron firmeza, y en sus ángeles halló torcimiento*. De los hombres añade (Ibid. v. 19.) *Los que moran en casas de lodo, y cuyo apoyo es de tierra, se consumirán de polilla*. Pues de los elementos y cielos David (Psalm. ci, v. 26, 27.); *Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y son obra de tus manos los cielos: ellos perecerán, y Tú permanecerás, y se envejecerán todos, como se envejece una capa*. En que, como vemos, el Espiritu Santo condena á caída, y á menoscabo de su ser á todas las criaturas. Y no solamente da la sentencia, sino también demuestra, que la causa de ello es, como decimos, el mal cimiento que todas tienen. Porque si dice de los ángeles, que se torcieron, y que caminaron al mal; también dice que les vino de que su ser no era del todo firme. Y si dice de los hombres, que se consumen; primero dijo, que eran sus cimientos de tierra. Y los cielos y tierra si dice que se envejecen; dice también como se envejecen, que es como el paño, de la polilla que en ellos vive, esto es, de la flaqueza de su nacimiento, y de la mala raza que tienen.

—Todo es como decís, Marcelo, dijo Sabino: mas decidnos lo que queréis decir por todo ello. —Dirélo respondió, si primero os preguntare. ¿No asentamos ayer, que Dios crió todas las criaturas, á fin de que viviese en ellas, y de que luciese algo de su bondad?—Así se asentó, dijo Sabino.—Pues añadió Marcelo, si las criaturas por la enfermedad de su origen forcejan siempre por volverse á su nada, y cuanto es de suyo, se van empeorando y cayendo; para que dure en ellas la bondad de Dios, para cuya demostración las crió, necesario fué que ordenase Dios alguna cosa, que fuese como el reparo de todas, y su salud general, en cuya virtud durase todo en el bien, y lo que enfermase sanase. Y así lo ordenó, que como engendró desde la eternidad al Verbo su Hijo, que, como agora se decía, es la traza viva, y la razón, y el artificio de to-

das las criaturas, así de cada una de por sí, como de todas juntas; y como por Él las trajo á luz, y las hizo: así cuando le pareció, y en el tiempo que Él consigo ordenado tenía, le engendró otra vez hecho hombre JESÚS, ó hizo hombre JESÚS, en el tiempo, aquel, á quien por toda la eternidad comunica el ser Dios. Para que el mismo que era la traza y el artifice de todo, según que es Verbo de Dios, fuese según que es hombre hecho una persona con Dios, el reparo y la medicina, y la restitución, y la salud de todas las cosas: y para que el mismo que por ser, según su naturaleza divina, el artificio general de las criaturas, se llama según aquella parte en hebreo DABAR, y en griego LOTOS, y en castellano Verbo y palabra; ese mismo, por ser según la naturaleza humana que tiene, la medicina, y el restaurativo universalmente de todo, sea llamado JESÚS en hebreo, y en romance salud.

De manera que en Jesucristo como en fuente, ó como en océano inmenso, está atesorado todo el ser, y todo el buen ser; toda la sustancia del mundo; y porque se daña de suyo, y para cuando se daña, todo el remedio, y todo el JESÚS de esa misma sustancia; toda la vida, y todo lo que puede conservar eternamente la vida sana, y en pié. Para que, como decía San Pablo (Ad Coloss. cap. 1, v. 18.) *en todo tenga las primerías, y sea Él* (Apocal. cap. xxi, v. 6.) *el alpha, y el omega, el principio, y el fin*: el que las hizo primero, y el que, deshaciéndose ellas, y corriendo á la muerte, las sana, y repara: y finalmente está encerrado en Él el Verbo, y JESÚS, esto es, la vida general de todos, y la salud de la vida. Porqué de hecho es así; que no solamente los hombres, mas también los ángeles que en el cielo moran, reconocen que su salud es JESUS: á los unos sanó que eran muertos, y á los otros dió vigor para que no muriesen. Esto hace con las criaturas que tienen razón, y á las demás que no la tienen, les da los bienes que pueden tener: porque su cruz lo abraza todo, y su sangre limpia lo clarifica, y su humanidad santa lo apura, y por Él tendrán nuevo estado, y nuevas cualidades mejores que las que agora tienen, los elementos y cielos, y es en todos, y para todos JESÚS. Y de la manera que ayer al principio de estas razones dijimos, que todas las cosas las sensibles, y las que no tienen sentido, se criaron para sacar á luz este parto, que di-

jimos ser parto de todo el mudo común, y que se nombra por esta causa *fruto*, ó *pimpollo*: así decimos agora, que el mismo para cuyo parto se hicieron todas, fué hecho como en retorno, para reparo y remedio de todas ellas, y que por esto le llamamos la salud, y el JESÚS.

Y para que, Sabino, admiréis la sabiduría de Dios, para hacer Dios á las criaturas, no hizo hombre á su Hijo: mas hizole hombre para sanarlas y rehacerlas. Para que el Verbo fuese el artifice, bastó solo ser Dios; mas para que fuese el JESÚS, y la salud, convino que tambien fuese hombre. Porque para hacerlas, como no las hacia de alguna materia, ó de algún sujeto que se le diese, como el escultor hace la estatua del mármol que le dan, y que él no lo hace, sino que, como decia des, la fuerza sola de su no medido poder las sacaba todas al ser; no se requería que el artifice se midiese, y se proporcionase al sujeto, pues no le había: y como toda la obra salía solamente de Dios, no hubo para qué el Verbo fuese más que solo Dios para hacerla. Mas para reparar lo ya criado, y que se desataba de suyo, porque el reparo y la medicina se hacia en sujeto que era, fué muy conveniente, y conforme á la suave orden de Dios necesario, que el reparador se avicinase á lo que reparaba, y que se proporcionase con ello; y que la medicina que se ordenaba fuese tal, que la pudiese actuar el enfermo, y que la salud y el JESÚS, para que lo fuese á las cosas criadas, se pusiese en una naturaleza criada, que con la persona del Verbo junta hiciese un JESÚS. De arte que una misma persona en dos naturalezas distintas, humana y divina, fuese criador en la una, y médico, y redentor, y salud en la otra: y el mundo todo, como tiene un Hacedor general, tuviese también una salud general de sus daños, y concurriesen en una misma persona este formador y reformador, esta vida y esta salud de vida JESÚS.

Y como en el estado del paraíso, en que puso Dios (Genes., c. 11, v. 7, seqq.) á nuestros primeros padres, tuvo señalados dos árboles, uno que llamó del saber, y otro que servía al vivir, de los cuales en el primero habia virtud de conocimiento y de ciencia, y en el segundo fruta, que comida reparaba todo lo que el calor natural gasta continuamente la vida; y como quiso que comiesen los hombres de este, y del otro del saber